

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 7 Julio 1906.

Núm. 27.

Catequística.

(Continuación).

Esto nos dice también la Sagrada Escritura: *En el principio era el Verbo* (ó el Hijo); *y el Verbo estaba con el Padre, y el Verbo era Dios*. Así da comienzo San Juan en su admirable Evangelio á la historia de Jesucristo, para lo cual se remonta á su eterna generación en el seno del Padre. Vemos aquí que cada frase tiene su verdadero y distinto significado. Cuando nos dice que: *En el principio era ya el Verbo, ó el Hijo de Dios*, nos declara su eterna existencia y generación. Al añadir después: *El Verbo estaba con el Padre*, nos revela la diferencia real entre la persona del Padre y la del Hijo. Y con la expresión de que: *El Verbo era Dios*, nos manifiesta que tiene una misma esencia y naturaleza que el Padre, por ser engendrado de su propia sustancia.

Pero San Juan desciende á tejer la genealogía, ó mejor, la generación temporal de ese Verbo encarnado; y nos dice: *Que el Verbo, ó el Hijo de Dios, se hizo carne* (en el seno de la Virgen), *y habitó entre nosotros*. Y ese Verbo, que se hizo hombre y habitó entre nosotros, es el hombre extraordinario que llevó por nombre Jesucristo. Por lo cual, así como el Verbo, por ser Hijo de Dios, es verdadero y único Dios, como lo es el Padre, así también Jesucristo, cuya única persona es la persona divina del Verbo eterno, es verdadero Dios, por ser desde lo eterno engendrado de la misma sustancia del Padre. Por eso pudo decir Jesucristo de sí mismo con verdad: *Que El procedió y vino de su*

Padre (1), y que salió de Dios (por generación) y vino al mundo (2); y pudo añadir que: El y el Padre son una misma cosa (3); esto es, una misma esencia y una misma naturaleza; y que: Quien lo ve á El ve también á su Padre, porque El está en su Padre y su Padre está en El (4).

Con lo cual bien claramente confiesa Jesucristo que la razón por la cual es de la misma naturaleza que su Padre é igual á El en todo, excepto en las relaciones personales, es el haber sido engendrado por el Padre de su propia y divina sustancia, ó, lo que es lo mismo, que, si es Dios, es por ser Hijo natural del mismo Dios.

Dejando ya de traer aquí razones de la Sagrada Escritura, para probar nuestro intento, puesto que esas razones son tantas que, por una parte, no cabrían en un solo artículo, y, por otra, son tan claras que nadie que lea ese libro divino deja de comprender que en él se afirma que Jesucristo es Dios, porque es Hijo natural de Dios; dejando eso, repito, vengamos á algunas sencillas analogías, tomadas de estas cosas que acá vemos.

Pues ¿quién no ve que aquí entre nosotros son los hijos de la misma naturaleza que sus padres? ¿Qué son los hijos de los hombres sinó hombres como sus padres? ¿Cómo se propagan las especies de los seres sensitivos sinó es engendrando los padres otros seres ó hijos de idéntica naturaleza que ellos? Y ¿qué es lo que hacen también las plantas? ¿No vemos que del roble salen, por ejemplo, robles, y álamos del álamo, y de una vid otras vides? Cosa clara es esto, y de ahí han formado los filósofos y naturalistas este universal principio. Todo el que engendra, engendra otro semejante, ó idéntico á él en naturaleza.

Cierto es que en absoluto puede haber seres de idéntica especie que no procedan por generación del mismo tronco; pues nadie puede negar á Dios la virtud de crear seres idénticos en naturaleza á otros seres; así pudo crear otros hombres diferentes en número é idénticos en naturaleza á Adán y Eva; del modo que, según algunos opinan, habrá creado varios tipos primitivos de cada una de las especies de plantas; mas esto no se opone á

(1) San Juan, 8,42.

(2) San Juan, 16,28.

(3) San Juan, 10,30.

(4) San Juan, 14,20.

la ley de que venimos hablando. Pues siempre sería cierto que las plantas engendradas de esas primitivas parejas serían de las especies de las que las engendraron; lo mismo que el hombre hijo es de la especie de su padre. Lo cual vemos también en el seno de la augusta Trinidad; pues también en ella es Dios, no la sola persona engendrada, ya que el Espíritu Santo es Dios, y no procede por vía de generación, sino por vía de aspiración ó de amor; pero eso no obsta para que la persona engendrada, que es el Hijo, sea verdadero Dios, antes es cosa que lo favorece y aun lo supone.

Ahora bien; si aquí abajo el hijo, por ser hijo, es de la misma naturaleza que su padre, ¿por qué no ha de ser lo mismo allá arriba, en el cielo, en el océano infinito de la Trinidad beatísima? O allí el Padre no es verdadero Padre, ni el Hijo verdadero Hijo, ó hay que confesar que el Hijo de Dios será de la naturaleza del Padre, y por tanto, verdadero Dios, por ser Hijo de Dios.

Y que el Padre es verdadero Padre, y el Hijo verdadero Hijo, lo demuestra Santo Tomás en dos cuestiones de su Suma Teológica, en la que asienta y prueba que el nombre de Verbo y el de Hijo son los nombres propios de la segunda persona de la Trinidad (1). El nombre de Verbo, por ser un acto del entendimiento del Padre y el de Hijo, por proceder por modo de generación. Mas, como de esto habremos de tratar en otro lugar, nos contentaremos ahora con indicarlo.

Hay, sin embargo, una muy notable diferencia entre la filiación considerada en Dios y la filiación en las criaturas. Y es que en las criaturas tienen los hijos naturaleza individual distinta en número de la del padre, aunque es idéntica en especie; mas en Dios no es así. Allí la naturaleza del Hijo es idéntica y una con la del Padre, no sólo en especie, sino también en número. Y de esto parece seguirse, ó, á lo menos, relacionarse con ello íntimamente, que las criaturas pueden tener muchos hijos, mientras que Dios no tiene ni puede tener más que un Hijo solo. El cual, por ser de igual naturaleza é idéntica en número con la del Padre, es de naturaleza infinita, la cual iguala, y como que agota toda la fuerza generadora de Dios. Y por eso el Padre, que es uno solo, no puede tener más que un solo Hijo.

(1) 1.^a Parte, Cuestiones 31 y 34.

Dijimos antes que en Jesucristo había una sola persona, y ésta divina, que es el Hijo de Dios, y que por eso Jesucristo era verdadero Dios, porque la única persona que en Él había era el Hijo de Dios.

Esto merece alguna, aunque por ahora corta aclaración; porque más tarde volveremos sobre esta materia. Así como en Dios hay tres Personas y una sola naturaleza, así, ó mejor de al revés, en Jesucristo hay dos naturalezas: la divina y la humana, y no hay más que una sola persona, que es divina, ó sea el Verbo de Dios. Siendo esto también un profundo misterio, no puede tener explicación cumplida de parte de la humana razón; pero sí se aclara y se ve que en ello no hay repugnancia ó absoluta imposibilidad, fijándonos en lo que se entiende por persona.

La palabra persona, según los teólogos y filósofos, con Boecio al frente, significa el ser racional en cuanto subsiste por sí mismo, ó en cuanto es un ser que es de su propio derecho é independiente de otro en su existencia completa. Y esto, no porque el concepto excluya la necesidad de una causa eficiente; pues las personas creadas es claro que tienen causa productora, sinó porque excluye la necesidad de otro elemento intrínseco que fuere como la base de su perfecta subsistencia.

Aclarémoslo con ejemplos: El hombre, desde el momento en que es tal, esto es, desde que tiene cuerpo y alma racional sustancialmente unidos, es verdadera persona, porque es un ser racional que nada le falta en el orden de las subsistencias para subsistir por sí mismo. El es un individuo completo, independiente, como ser perfecto, de los otros individuos. En el mismo Jesucristo, si, contra lo que nos enseña la fe, hubiera habido un instante en que el cuerpo humano hubiera estado unido sustancialmente al alma racional, sin estar unido á la persona del Verbo divino, hubiera en aquel instante verdadera persona. Pero esto nunca fué así; siempre, es decir, desde el primer instante á la naturaleza humana estuvo unido el Hijo de Dios. Y de ahí nace el que esa humana naturaleza no subsista por sí misma, sinó que subsiste con la subsistencia y virtualidad de la divina persona; y no es tampoco una naturaleza independiente en este orden de la propia subsistencia, sinó que subsiste con intrínseca y sustancial dependencia de la persona del Hijo de Dios, el cual ha asumido en sí el derecho y la subsistencia del todo *Cristo*.

Aclaremos todavía esto con otro simil. Supongamos, como algunos opinan, que hay en el hombre dos almas: la sensitiva, cual es la de los brutos, y la verdaderamente racional ó espiritual, que especifica al hombre. Si esas dos almas fueran independientes la una de la otra, y tuviera cada cual una parte del cuerpo sobre quien ejercer su sustancial acción de vivificarlo y de obrar por cuenta propia, habría entonces allí dos individuos: el uno del orden sensitivo y el otro del orden racional; pero, si el alma racional, como superior que es respecto de la sensitiva, se apodera de ésta y la rige y la gobierna, por orden de la naturaleza ó por un acto positivo de la voluntad de Dios, entonces ya no habría allí dos individuos, sinó uno solo, y éste racional ó personal, porque el alma sensitiva habría quedado supeditada y sometida á la virtud y dirección sustancial de la otra; por lo cual la sensitiva no era independiente ni subsistente por sí misma con completa subsistencia.

Pues cosa parecida, si bien mucho más excelsa en sí y en el modo de realizarse, se verifica en Jesucristo. La persona divina, unida hipostáticamente á la naturaleza humana, y esto en el instante mismo de la encarnación y formación del hombre en el seno de María, se apoderó de esa humana naturaleza y la hizo subsistir con la misma subsistencia del divino Verbo, de tal modo, que la naturaleza humana ni un solo instante ha sido de su propio derecho, sinó del derecho del Hijo de Dios, y por eso jamás ha habido en Jesucristo persona humana, sinó sólo la divina persona del Hijo de Dios.

Mas con esto nada pierde, como fácilmente se comprende, la humana naturaleza de Jesucristo, ni es por eso menos perfecta que en los más perfectos hombres, como quieren algunos. Porque no es más noble en la criatura el ser regido y subsistir por sí mismo, que el ser regido y subsistir por la persona divina; pues de esto se deduce que la humanidad de Jesucristo tiene todo lo que tienen los otros hombres, y que tiene además la unión con la persona del Verbo de Dios; con lo cual nada pierde, antes se ennoblece por modo infinito la humanidad de Jesucristo. Como nada pierde el árbol raquítico por ser ingertado en otro árbol frondoso y lleno de pujanza, ni nada pierde el alma con ser unida á Dios por la divina gracia.

Debemos, pues, creer que Jesucristo es verdadero Dios, porque es Hijo natural de Dios.

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica V. después de Pentecostés

Acababa Jesucristo Nuestro Señor de hacer un compendio de la perfección evangélica explicando las ocho bienaventuranzas, y para declarar más lo mucho que la Ley nueva excede en perfección á la Ley antigua, nos pone San Mateo en el mismo capítulo V las palabras que la Iglesia expone á nuestra consideración en el Evangelio de este día. En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: *Si vuestra virtud no es superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se ha dicho á vuestros antepasados: No matarás; más el que matare merecerá ser condenado en el tribunal del juicio. Yo, empero, os digo que cualquiera que se encoleriza contra su hermano merecerá ser condenado por el tribunal del juicio. El que dijere á su hermano necio, merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare insensato, merecerá el suplicio del fuego. Así que, si presentando vuestra ofrenda al altar os acordareis que vuestro hermano tiene algún motivo de queja contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda delante del altar, é id antes á reconciliaros con vuestro hermano, y entonces volved enseguida á presentar vuestra ofrenda.*

Para entender bien este Evangelio conviene saber que entre los judíos había tres tribunales ó grados de jurisdicción. El primero era el del juzgado inferior, compuesto de tres jueces solamente, en el cual se juzgaban las faltas poco considerables y se castigaban con penas ligeras. El segundo era el tribunal llamado del juicio, el cual se componía de veintitrés jueces, y se hallaba establecido en todas las ciudades para juzgar las causas criminales, y podía castigar con pena de muerte. El tercero era el consejo llamado Sanhedrin, establecido solamente en Jerusalén, y el cual se componía de setenta y dos personas de las más distinguidas de la nación. Aquí se llevaban las causas mayores y se juzgaba en última instancia. Por esta diversidad de jurisdicciones quiso Jesucristo Nuestro Señor ponderar la gravedad del pecado de odio en los tres grados que indica el catecismo del Concilio de

Trento, cuando dice, aludiendo á las palabras de este evangelio: *De aquí se deduce que no carece de culpa el que se irrita con su hermano, aunque la ira permanezca encerrada en el pecho; que pecará gravemente el que dé alguna señal exterior de esta ira, y, por último, más gravemente todavía el que se atreva á tratar con dureza á su hermano ó á injuriarle.* Es decir, que si la ira queda en el corazón, será condenada á menor castigo. Si sale á fuera dando señales de ella con escarnios, señales exteriores, burlas, etc., será más castigada, y lo será más aún cuando llegase á manifestarse en palabras injuriosas.

Es un apetito desordenado de vengar las injurias. Si los castigos con que Dios la amenaza no fueran suficientes á hacernos mansos y pacientes, debiera bastarnos la consideración de los castigos que esta pasión lleva consigo; pues la ira destruye nuestra semejanza con Dios, cuyas obras son con gran tranquilidad, inquieta la conciencia, tapa la fuente de las misericordias divinas y ahoga en nosotros el espíritu de devoción. La ira es un frenesí, una locura del alma. Nunca es el hombre menos hombre que cuando se deja llevar de los movimientos de la ira; pues entonces es una bestia, en la que domina el apetito y no la razón. Cuenta un filósofo que, siendo él niño, vió á un hombre que iba con gran prisa á abrir una puerta con una llave, y como no pudiese al pronto, tomó tanta furia y coraje, que comenzó á morder la llave y á dar fuertes golpes con los pies, y no contento todavía, blasfemaba de Dios y echaba espumarajos por la boca como un loco furioso, á quien los ojos le saltaban de rabia y coraje. Dice este filósofo que fué tal la impresión que esta escena le produjo, que de allí en adelante nunca jamás se dejó dominar de la ira.

Burlas y altercados ó disputas. Lo que ellas son de ningún modo puede verse mejor que poniéndolas en parangón con la dulzura, virtud á la cual radicalmente se oponen, como lo significó el Apóstol cuando dijo: *Al siervo de Dios no le conviene disputar, sino ser manso y pacífico con todos.* ¡Qué hermosa es la virtud! Mas la virtud sin dulzura no es para tratada, sino para referida: es una virtud que no se hace admirar sino de lejos. Para ser útil es necesario hacerse amar; para hacerse amar es necesario agradar, y no se puede agradar sin derramar un poco de aceite en nuestras palabras y acciones. ¡Dulzura! Virtud tan principal que el mismo Jesucristo puso un empeño singular en ense-

ñárnosla, pues nos dice: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.* Virtud que produce la felicidad de los que viven en familia, y que produciría la felicidad del mundo entero, si el mundo entero fuera capaz de alcanzarla.

Nada más opuesto á la dulzura que las burlas y disputas; nada más opuesto á todas las virtudes. El burlón y reñidor pone por cima del precepto de la caridad el placer de hacer admirar la causticidad de un dicho, hiriendo con un mismo dardo la *caridad* y la *humildad*. Sus palabras, lejos de ser *dulces*, salen de sus labios forrados de cobre y van *maliciosamente* dirigidas al corazón. Pierde ese sentimiento del alma que, haciéndonos conocer nuestros defectos, aleja el *orgullo* y derrama en el exterior cierta timidez graciosa que llamamos *modestia*. Deseando subir sobre el nivel de los demás y ostentar más sutilidad de ingenio, conocimientos superiores y sentimientos más delicados, llega á ser *afectado* en sus palabras y acciones. En una palabra: el burlón que se ocupa en altercados, desprecia la *caridad*, la *humildad*, la *modestia*, la *dulzura* y la *afabilidad*, y ocupan su lugar la *burla*, el *orgullo*, la *malicia* y la *afectación*.

Injurias. Lo último que Cristo Nuestro Señor señala como lo más grave que merece ser condenado con el suplicio del fuego, son las palabras injuriosas. La lengua maldiciente es áspid venenoso que se ensaña contra nuestro prójimo, le deshonra, le quita la fama. ¡Y qué bajo concepto tenemos de la fama, cuando con tanta facilidad la hacemos rodar por el suelo! Todas las riquezas del mundo no valen como la buena fama, y si es ladrón el que quita riquezas materiales, ¿no será más ladrón el que quita la honra á su prójimo? Injuriar, quitar la fama, es no tener caridad, es no amar ni á Dios ni al prójimo, y no amar ni á Dios ni al prójimo es no servir para nada. Si la llave que no sirve para abrir se arroja al muladar, la lengua que sólo sirve para injuriar, ¿dónde debería arrojarse? Al fuego. *Reus erit gehennae ignis.*



Explicación de las Virtudes.

Perfección esencial del cristiano.—Consiste en su unión íntima con Dios.—Naturaleza de esta unión.—Medios por los cuales se realiza.

Ya hemos dicho en las primeras páginas de esta humilde re-

vista, que la completa felicidad del hombre sólo está en la posesión de Dios. Creado el hombre por Dios y para Dios, buscará en vano su perfección fuera de Dios, que es su principio, su felicidad y su fin. *El corazón del hombre es un abismo, y solo Dios ha penetrado en él* (1). Esta profunda frase que se lee en el libro del Eclesiástico, nos da la clave para descifrar el misterioso enigma que se presenta ante los ojos de nuestra propia conciencia.

Hay en nuestra naturaleza inclinaciones vehementes hacia la Divinidad, hambre devoradora de Dios, que nos impulsa hacia El con ímpetu maravilloso, con ansias tan vivas, que el Profeta Rey las comparó á las que siente el ciervo por las fuentes de las aguas.

Esta propensión manifiesta é innata en el hombre á unirse á su Criador, podemos explicarla bien ó mal, tener de ella una idea clara ú obscura, distinta ó confusa; pero ignorar su existencia, de ningún modo. No es Dios para el hombre un ser indiferente que nada influya en sus tendencias y aspiraciones, ni un objeto accidental sin el cual podamos vivir tranquilos y satisfechos. Siempre y en todas partes nuestra alma siente la nostalgia de lo infinito y no reposa sino en la posesión de Dios, piélagos de perfecciones inenarrables. Entre las más delicadas fibras de nuestro corazón, existe un deseo insaciable, un abismo casi infinito, que nada puede llenar sino Dios que modeló nuestro ser. *Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que descanse en Vos.* Y estas hermosas palabras, que dijo el gran obispo de Hipona, son una profunda sentencia, cuya verdad todos experimentamos. La perfección y felicidad de un ser cualquiera consiste en que sus potencias y sentidos encuentren cumplido desarrollo y el bien adecuado á su naturaleza; y como en el hombre no puede darse esto sino uniéndose á Dios, verdad absoluta para el entendimiento y bien infinito que sacia las vivas ansias de su voluntad, pierde lastimosamente el tiempo cuando se emplea en moverse fuera de los caminos que le dirigen á Dios.

Es cierto que el hombre busca la felicidad. El mísero mortal, viajero del mundo, anhela uno y otro día tocar el cielo de su esperanza, que juzga próximo á la tierra, y marcha, y corre, y sube, y se fatiga en vano. En el espíritu humano se agita sin tregua el vehemente deseo de ser feliz. ¿Hay quien lo sea en efecto? Alejan-

(1) Eclesiast., c. 42, v. 18.

dro, después de conquistar el mundo, sentía una pena; no era feliz: la pena de que no hubiese más tierra que conquistar ni más pueblos que rendir. Alejandro, que no había cabido en el mundo, cupo y le sobró espacio en los ámbitos reducidos de un sepulcro. El mundo por donde viaja el mísero mortal no es la mansión de la felicidad.

En vano intenta llenar el vacío que siente dentro de su pecho con los goces y bienes de la tierra; pues sólo conseguirá los más crueles desengaños. Ellos podrán entretener y aun recrear su corazón; pero no tranquilizarle, y mucho menos hacerle dichoso. Lo infinito está en él como si no ocupase lugar; y aunque pongáis en sus dilatados senos todo cuanto de brillante y fascinador se halla entre los mortales, si después echáis la sonda, encontraréis un abismo con la misma longitud, latitud y profundidad que tenía antes de haber gustado de los bienes de la tierra. Abismo que sólo puede llenarse con lo que es eterno, infinito en perfecciones y verdaderamente inmenso: es decir, con el Dios de cielos y tierra, fuente inagotable de todos los bienes, nuestro último fin, y nuestra cumplida bienaventuranza.

Por eso nuestra alma tiende hacia Dios, suspira por Dios, busca á Dios por todas partes, y en su afán de dar con El, le busca á veces hasta en las mismas criaturas, sin reparar en que, cuanto más se apegue á éstas, tanto más se apartará de Aquél. Todos los seres aspiran á la perfección, y como la perfección del hombre es Dios, quiere unirse íntimamente á El, identificarse con El, y todo lo que no sea Dios, todo cuanto le ofrezca una bondad limitada, lo reputa tan falaz y engañoso que, si le seduce, no le convence; si le fascina no le aquieta.

La verdadera perfección y felicidad del hombre sólo está en Dios; el Corazón humano jamás descansará sino en la posesión de Dios; el espíritu humano no se aquietará mientras no logre alcanzar la unión íntima con Dios.

Ve aquí, amado lector, la esencia y término de la perfección cristiana; la unión íntima con Dios en el cielo, el ideal del cristiano, la consumación y término de las aspiraciones del humano corazón.

Mas ¿cómo el hombre, que solo es polvo y ceniza, que es una pequeña parte de las criaturas, que lleva en su frente, no solamente su mortalidad, sino la marca de su pecado y pequeñez, puede

llegar hasta Dios, que es la perfección infinita, la grandeza sin límites y la santidad por esencia? ¿Cómo el mísero mortal podrá elevarse hasta Dios y salvar la infinita distancia que existe entre la tierra y el cielo? Ciertamente que es empresa imposible para sus débiles fuerzas. Mas, entre esta tierra triste y ese cielo radiante, hay una escala; por ella el hombre sube, Dios baja. ¿Cómo no habían de encontrarse? Esta unión augusta entre Dios y el hombre, es tan natural, atendiendo tan sólo á la naturaleza de ambos, que ni en las leyes naturales que rigen el mundo, ni en parte alguna, hay inconveniente en que, el hombre que busca á Dios y Dios que busca al hombre, se reunan y abracen. Y no solamente es natural esta unión, sino que es necesaria. Sin ella el hombre es un ser incompleto, el individuo carece de grandeza, la familia carece de amor, la sociedad carece de pureza, de estabilidad y de sosiego, y la vida carecería de celestiales horizontes.

Las Sagradas Páginas nos refieren cómo se realizó esta misión sublime entre Dios y el hombre. Comenzó con el primer aliento de éste. Al salir de las manos de su Hacedor, oye de sus labios estas hermosas palabras: «Mira esa tierra, esos cielos, esa inmensidad. Todo lo hice para tí. Se rey de mis obras. Toda la tierra, he ahí tu reino. Come libremente de todos los frutos que te ofrezca. No obstante, del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día en que de él comieres, morirás». He ahí el primer encuentro entre Dios y el hombre, en el cual no sólo le constituye rey de la creación, sino que, formándole á su imagen y semejanza, le da derecho á la gloria, adornándole de los más excelentes dones de la naturaleza y de la gracia.

(Continuará).

CUENTO

Tradición granadina.

Apuesto, gallardo y brioso, y tan afortunado en los torneos como desgraciado en amores, había á la sazón en la histórica ciudad de Granada un galán de oscura cuna, por nombre Carlos, para el cual ni había azucena que no deshojara con su deshonestidad, ni honor que no mancillara con su hálito inmundo, ni nada divino existía que no ultrajase con su impía altivez.

Una tarde en que el sol tocaba á su ocaso, vistiendo de oro y grana el azul del firmamento, á esa hora en que el pintado ruiseñor lanza al viento las postrimeras notas de sus armónicas canciones, y la brisa bonancible suspira en la enramada y á los cármenes floridos roba sus perfumes; en esa solemne hora en que la naturaleza parece que siente el ajeno de la nostalgia y por doquier se escucha música misteriosa y suave rozar de alas, preludio de puros amores, dirigióse Carlos á uno de los jardines de la histórica ciudad en busca de beldad á quien ha tiempo amaba con delirio, y la cual, según su creencia, habría de constituir su más completa dicha.

Acertó á pasar, después de atravesar varios paseos del jardín, por junto á una fuente cercada de árboles y arbustos, cabe la cual, sentada, hallábase, gozando de la frescura de aquel ameno paraje, una joven angelical, de quince abriles, de agraciada faz y lánguida mirada: su nombre era Rosaura.

Miró Carlos y sus miradas fueron correspondidas por las de aquella que por tanto tiempo se había mostrado esquiva á su amor; sintió en su corazón arder un volcán de él, é impelido por no sé qué mano misteriosa, aproximóse á Rosaura para requerirla nuevamente de amores; ella, en un principio, perturbada ante la presencia del que tantas veces había despreciado, y tranquilizada más tarde, después de un no corto diálogo, pronunció un *sí*, que dilató el corazón de Carlos: sintióse feliz y dichoso y sin más anhelar en la tierra. Por aquella criatura estaba dispuesto á sacrificarse y á darla cuantos gustos deseara por complacerla.

II

Una noche en que la luna dejaba caer sobre la tierra sus pálidos reflejos y Carlos y Rosaura departían sobre sus amoríos, observó aquél que en el rostro bello de su amada dibujábase un tinte de tristeza, revelador de alguna amarga pena que embargaba su juvenil corazón.

—¿Qué te aflige?—preguntó á Rosaura—¿Por qué estás triste? ¿Por ventura dudas de mi amor?

—No, contestó ella. Sé que me amas con todo tu corazón. No, no es por eso.

—Pues qué, ¿acaso algún otro galán ha faltado á tu respeto?

—Tampoco, contestó Rosaura.

—Entonces, ¿qué caso extraordinario pasa por ti?

—Nada, respondió Rosaura. Casi nada... un pueril capricho...

—Di, habla: ¿qué es?

—Pues que tal es tu deseo en que te lo revele, helo aquí:

Trátase, amado Carlos, de que mañana habré de asistir á los juegos florales que en esta ciudad tendrán lugar, como reina de ellos. Y como sabes es costumbre de que la dama que los preside vaya luciendo en su pecho un *clavel rojo*, y no lo hallo, ve ahí la causa de mi tristeza.

Una diabólica carcajada dió por respuesta Carlos, y añadió: ¡Voto á Cristo! A fe mía te juro que, aun cuando al infierno tenga que bajar por él, lo tendrás.

III

Partió apresuradamente de Rosaura y cruzó varias calles de la ciudad, hasta llegar á las afueras de ella, en donde había una hornacina que contenía una imagen de Jesucristo, y al pie de la misma un clavel.

—¡Bravo! exclamó Carlos. He aquí mi anhelo satisfecho. Este clavel lo cogeré y llevaré á Rosaura. ¡Cuánto mejor no estará adornando el pecho de mi amada, que no esta tosca piedra!

Dicen, prosiguió Carlos, que ese hombre que llaman Jesucristo, y á quien esta figura representa, hizo muchos milagros. ¡Qué necedad! Cosas de gentes apocadas. Yo esta noche le robaré el clavel. Si tan potente es, le reto á que no hace que la mano se me separe del brazo.

Calló el blasfemo, cogió el clavel, pero una fuerza oculta le derribó en tierra.

Al siguiente día lo hallaron cadáver; con la diestra, separada del cuerpo, empuñaba el clavel, y con la siniestra señalaba á una inscripción que así decía: «De Dios nadie se burla».



Liturgia.

(Continuación).

A fin de conocer la intención que ha guiado á la Iglesia al instituir el Tiempo de Septuagésima, pasemos á estudiar su litur-

gia que, como es sabido, constituye por sí sola el lenguaje oficial de la Iglesia en la celebración de los diversos tiempos, domingos y festividades. Ella, con el color de sus ornamentos, la supresión de los cánticos de alegría y las lecciones, epístolas y evangelios de las tres Dominicas que abraza este Santo Tiempo, presenta á nuestra consideración la tristeza y luto de que se halla poseída la Iglesia por el comienzo de los sufrimientos de su divino Fundador.

Y, en primer lugar notamos, nada más que con entrar en la Iglesia, que los ornamentos blancos, símbolos de paz y de alegría, que tan cariñosa Madre ha usado para adornar sus templos y ministros durante el tiempo de Epifanía, son reemplazados en el de Septuagésima por los de color morado, que simbolizan la tristeza y el duelo, y no se cambian en toda la semana, á no ser que se celebre la fiesta de un Santo. Así, pues, con el color de sus ornamentos nos da á entender la Iglesia que, durante el tiempo de Septuagésima, nuestros pensamientos deben ser serios y graves.

Pero más que el simbólico lenguaje de los ornamentos sagrados, nos descubre el pensamiento de la Iglesia la supresión de los cánticos de alegría. Entre ellos figura en primer lugar el *Alleluia*, que repetido varias veces en el oficio de otros tiempos, suspéndese, no obstante, de una manera absoluta, como decíamos en el número anterior, desde las vísperas del sábado anterior á Septuagésima hasta la Pascua de Resurrección. La Iglesia despídese de este cántico celeste repitiéndolo cuatro veces, y por esta razón la rúbrica especial de este día en el Breviario, dispone que tanto al verso *Benedicamus Domino*, como al responsorio *Deo gratias* se añadan dos *Alleluia*, que no volverán á oirse hasta el Sábado Santo en la Misa.

Nuestros antepasados no podían ver la desaparición en la liturgia de este grito alegre sin experimentar una impresión profunda: nada, pues, de extraño tiene que en los libros litúrgicos de la edad media se encuentren composiciones variadas en las que, con tanta gracia como sentimiento, se dé un adiós al *Alleluia*. Aun más, se ha personificado de tal modo esta palabra, que para que experimente la suerte común de las cosas de la tierra se la ha hecho morir, se la enterró y, por último, se la resucitó de nuevo. Así leemos en los Estatutos de cierta Iglesia Catedral, redactados en el siglo XV, un artículo que lleva por título. *Sepelitur Alleluia* «Entiérrese el *Alleluia*». He aquí los términos con que se halla redactada esta Rúbrica, y que transcribimos: «En el sábado de Septuagésima, después de nona, reúnanse los niños de coro en el gran vestuario, y allí dispongan el sepelio de Alleluia. Y terminado el último *Benedicamus*, pónganse en marcha con cruces, cirios, agua bendita é incienso, y llevando tierra para la sepultura, pasen por el coro y vayan al claustro clamando con tristes lamentos hasta el sitio en que ha de enterrarse, en donde después de


asperjada é incensada por uno de ellos, vuelvan por el mismo camino que llevaron». Antigua debe ser dicha costumbre cuando ya en el siglo IX Amalario, uno de los más célebres liturgistas, dice que en su tiempo se celebraba en la Iglesia de Metz un oficio del *Alleluia*, semejante á jocosas exequias, lo que es extraño tratándose de una especie de solemne adiós. Con tal motivo aplicábasele todos los pasajes de la Escritura que podían tener alguna relación.

Al principio de las horas canónicas sustitúyese el *Alleluia* por terminación más humilde «Alabanza á Ti, Cristo, Rey de la gloria eterna». En la Misa, en lugar del verso que va precedido y seguido del *Alleluia*, y que se canta antes del Evangelio, se lee el Tracto, así llamado porque no va seguido de responsorio, cantándose sin cambio alguno de tono. Es un canto lento y lúgubre que quiere recordarnos las lágrimas y suspiros que los Santos dejaban escapar desde lo más profundo de su corazón en señal de penitencia.

El tracto se halla formado por cierto número de versículos análogos al duelo y reservados para tiempo de penitencia. No se añade en Cuaresma sino de los días en que hay obligación de oír misa, ó en los que generalmente asiste la mayor parte de los fieles, como los domingos, lunes, miércoles y viernes.

Los demás cánticos de júbilo suprimidos durante la Septuagésima, son: en la Misa, el *Gloria in excelsis Deo*, que expresa el júbilo que causó á los ángeles y á los hombres el nacimiento del Verbo hecho carne, en cuya alegría y júbilo no pueden tomar parte los hombres, durante este tiempo, por estar confundidos con el recuerdo de sus pecados; y en los maitines suprímese el *Te Deum*, en cuyo cántico resplandece celestial alegría, que no es propia del tiempo de Septuagésima. En fin, cuando termina el Santo Sacrificio, no despide el diácono al pueblo diciendo *Ite missa est*: «idos, se acabó la misa», sino que invita al pueblo fiel á continuar en silencio la oración «bendiciendo» al Dios de misericordia que se ha dignado no rechazarnos, á pesar de nuestras iniquidades.

(Continuará).



Noticias generales.

Hemos recibido con una atenta carta un folleto, «Estudio para la redacción de una ley de Guardería rural», que el Excmo. Señor Marqués de la Fuensanta de Palma dedica á todos los propietarios, entidades y particulares interesados en la seguridad de los campos. Es un trabajo digno de aplauso y que hace honor al

Vicepresidente de la Asociación de Agricultores de España.

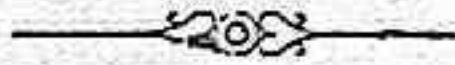
También, con un atento besalamano del Sr. Secretario del Instituto general y técnico de Cuenca, D. Joaquín López Barrera, hemos recibido la bien escrita Memoria de dicho centro docente, correspondiente al curso de 1904 á 1905.

Damos las más expresivas gracias á ambos señores por su atención.

*** En el claustro de la Catedral de Palencia se ha verificado la distribución de premios de la Obra de las Doctrinas, bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Obispo, del Sr. Alcalde y demás autoridades.

En el curso actual han asistido en dicha localidad á las doctrinas 1.250 obreros de ambos sexos, formando 22 secciones, 11 de hombres y otras tantas de mujeres. Puédese formar idea de la asiduidad de estos obreros adultos, teniendo en cuenta que sólo se ha dado premio á los que han asistido con bastante regularidad y que el número de alumnos premiados asciende á 1.044.

Para el acto de la distribución iban acercándose los obreros por secciones, cada una de las cuales llevaba su pendón con la imagen del santo ó santa á que está dedicada, mientras la banda de música municipal tocaba escogidas piezas.



Santorale.

Día 8, Domingo V después de Pentecostés. Stos. Quiliano, ob. y mr.; Aquila y Procopio, mrs.; Santa Isabel, reina de Portugal.

Día 9, lunes. Stos. Cirilo y Bricio, obs. mrs.; Zenón y comp. mártires; Sta. Anatolia, vg. mr.

Día 10, martes. Stos. Félix, Felipe, Silvano y Marcial, mrs.; Santas Felicitas. mr.; Rufina y Segunda, vgs. mrs.

Día 11, miércoles. Stos. Pío,

pp. mr.; Juan, ob. mr.; Abundio, pbro. mr.; Sta. Pelagia, mr.

Día 12, jueves. Stos. Juan Gualberto, ob. cf.; Nabor y Félix, obispos mrs.; Sta. Marciana, vg. mártir; Epifania, mr.

Día 13, viernes. Stos. Anacleto, pp. mr.; Serapión, mr.; Turiano, ob. cf.; Stas. Mirope, mr.; Sara, vg.

Día 14, sábado. Stos. Buenaventura, ob. card. cf.; Focas, ob. mártir; Obtaciano, ob.; Sta. Adela, viuda y mr.